

En el pasado número de *Tintas* (pp. 280-282), ya nos ocupamos de Vicente Luis Mora (Córdoba, 1970), peculiar poeta —*Nova* (2003), *Construcción* (2005) y *Tiempo* (2009)—, bloguero —vicenteluis Mora.blogspot.com—, prosista —*Circular* (2003), *Subterráneos* (2005), *Circular* 07. *Las afueras* (2007) y *Alba Cromm* (2010)— y crítico —*Singularidades. Ética y poética de la literatura española actual* (2006), *Pangea. Internet, blogs y comunicación en un mundo nuevo* (2006), *Pasadizos. Espacios simbólicos entre arte y literatura* (2008)—, al reseñar su ensayo *La luz nueva. Singularidades en la narrativa española actual* (2007), en cuyas páginas recorre los vericuetos de una literatura contemporánea escindida en tendencias culturales y estéticas dadas al solapamiento y a la fluidez, poniendo además en evidencia la decisiva influencia que las nuevas tecnologías ejercen en la producción de las generaciones nacidas en las décadas de los 60 y los 70, las cuales, con su labor literaria, estarían forjando una manera híbrida y eficaz de reflejar las contradicciones de la sociedad al aprovechar las posibilidades brindadas por los *mass media* e Internet en el cuadro de una cultura cada vez más audiovisual. Es exactamente a partir de la toma de conciencia de la centralidad de la imagen en nuestra vida diaria que Mora construye, recopilando y reelaborando escritos aparecidos en varios medios o presentados en congresos, el libro *El lectoespectador*, un volumen heterogéneo que combina especulaciones sociológicas, cuestiones filosóficas y literarias, sin escatimar incursiones en los territorios etéreos de Google, en la jungla de la televisión o en la jaula gorjeante de Twitter.

Uno de los aspectos más interesantes del ensayo del crítico cordobés es su constante voluntad de discutir, analizar y reformular los giros ontológicos y epistemológicos propiciados hoy en día por la intensa y natural interacción entre el individuo y las tecnologías, marcando además —a pesar de ciertos excesos de entusiasmo de raigambre futurista— un límite entre lo conceptual y lo material; logra así una reflexión equilibrada sin caer en la trampa de confundir planteamientos teóricos con espejismos ligados al tipo de soporte empleado a la hora de concebir una obra.

La premisa que subyace al texto de Mora es que la vista, en la actualidad, es el sentido hegemónico en la percepción y en la emisión de un mensaje y por eso los avances tecnológicos se subordinan a dicha perspectiva y al mismo tiempo la favorecen, contribuyendo así, con su fidelidad a los requerimientos del mercado, a la superación de la noción de texto como mera secuencia de letras. De este modo se fraguaría una cosmovisión líquida (Bauman), total, omnicomprendida, surgida del molde incorpóreo de la Red, que se concretaría en una escritura de carácter “pangeico”, en un flujo horizontal, contrapuesto a la idea clásica de jerarquización, en que, contrariamente a la visión fractal del hombre de a pie —«El espectador domesticado ignora que cada información es parte de un rompecabezas analítico que debe ser (re)construido, e ignora que debe saberlo» (p. 37)—, el escritor es capaz de restituir una mimesis consciente de los simulacros, incluso de aquellos visuales, que rigen la realidad: «la narrativa pangeica es [...] aquella que intenta la

mímesis simulacral: la imitación mediante un simulacro visual *de la realidad icónica, del mediascape*» (p. 101).

Google es la representación perfecta de la ansiedad por abarcarlo todo: «Google es filosófico, porque nos pone en contacto con lo más profundo del ser humano, su capacidad de búsqueda, su habilidad para perseguir intelectualmente lo que no tiene» (p. 46). Además las funciones de este buscador, como Google Earth o Google Maps o la búsqueda exclusiva de imágenes, favorecen la navegación del internauta en un horizonte plurisensorial que, junto con los saberes almacenados en la telaraña de la Red, revela la existencia de una dimensión —el ciberespacio— en la que los conceptos de tiempo, espacio e identidad sufren radicales mutaciones, con un consiguiente reenfoque de la subjetividad que, según Mora, podría, en el ámbito literario, afectar a la figura del narrador omnisciente convirtiéndolo en una suerte de interfaz que restituye la visión objetiva de un satélite o una pantalla o que se articularía según el collage estructural de las narraciones *cross-media*.

Las nuevas tecnologías, en este proceso de remodelación, desempeñarían un papel complementario porque, a pesar de no ser estrictamente necesarias —«La narrativa pangeica podría hacerse sin dificultades con una tiza, *dibujando* en el suelo» (p. 112)—, dotan a los autores de unos instrumentos adecuados que les permiten, a través por ejemplo del empleo del “corte y pega” o de links hipertextuales a imágenes y vídeos, producir obras complejas fruto de una fusión orgánica y dinamizada de elementos textuales e iconográficos —superando de esta forma los experimentos estáticos de las vanguardias—, en una amalgama que daría como resultado un artefacto sujeto a múltiples opciones de lectura. El cambio del paradigma artístico conlleva la elaboración de un nuevo marco teórico y un ajuste de la terminología crítica, así que el autor, siguiendo la estela de Derrida, propone una ampliación del concepto de texto y acuña,

haciendo hincapié en el líquido amniótico donde hoy en día fluctúan las informaciones, la expresión “internexto”, que se representaría a través de formas “textovisuales”. La “pantpágina”, sería luego un reajuste de la tradicional idea de página, ya que la hoja —digital o física, no importa— se convertiría en una pantalla capaz de albergar cualquier tipo de azar estilístico o conceptual. Finalmente, lidiar con un internexto sería una tarea que ya no correspondería a un simple lector, sino a un “lectoespectador” —concepto que Mora retoma de las novelas de humor gráfico del siglo XIX, del cómic del siglo XX y de algunos estudiosos de hipertextos—, un lector *pangeicus* acostumbrado a pasar con desparpajo de un lenguaje visual a uno verbal sin solución de continuidad.

En *El lectoespectador*, no solo se registra la mutación surgida en la interacción entre autor, lector y obra sino que además se señalan dos perspectivas críticas posibles en el seno de esta renovación. Por un lado, el escritor pangeico posee una mayor conciencia de su inconformidad respecto al contexto teórico que lo rodea y entonces incluirá en sus novelas, al estilo de los artistas conceptuales norteamericanos de los años 60, ensayos que justifiquen su postura. Por otro, el libro electrónico abre un sinfín de posibilidades a la hora de analizar un texto, ya que el hecho de que este se presente como algo susceptible de asumir cualquier tipo de intervención lo convierte en un organismo capaz de evolucionar continuamente gracias, por ejemplo, a la *crítica en nube*, que funcionaría como el *cloud computing*, o sea recogiendo las aportaciones de todo usuario alrededor de una misma obra, transformándola así en una reproducción a escala de la borgiana biblioteca de Babel, donde se podría hallar un sinnúmero de informaciones y datos.

Vicente Luis Mora, no obstante un aparente utopismo que corre el riesgo de empañar su análisis, muestra tener unos sólidos conocimientos de la sociedad contempo-

ránea y maneja con seguridad sus lecturas de Bauman, Baudrillard y Debord y sabe vislumbrar las falacias de las nuevas tecnologías que, si bien se ponen como heraldos de una época de plena libertad, esconden en sus entrañas los gérmenes del Panóptico focaultiano y, además, alimentan con su inmaterialidad y su caducidad las fauces del consumismo: «el inmaterial tiene la ventaja de que sus productos se destruyen [...]: no solo no hay residuo, no hay basura a reciclar, sino que el resultado es doblemente satisfactorio: amén de eliminar lo superfluo, *libera espacio en la memoria*. El modelo de consumo cultural de hoy en día es el “Modelo Youtube”» (p. 208).

Sin embargo Mora, en la edad del deslizamiento (Lipovetsky), parece abogar por una defensa de la movilidad, del nomadismo, frente al estancamiento y por eso está convencido de que la liquidez de la red, tanto informática como social, es el ambiente ideal en el que deslizarse en busca de la libertad individual y creadora, pero siempre teniendo en cuenta los peligros que acechan: «el escritor debe preguntarse hasta qué punto el uso de nuevas tecnologías responde a una verdadera necesidad creativa, y lo filtrará, apartándolo, cuando sólo responda al propósito de seguir la moda o una tendencia» (p. 121).